

## Aprendiendo a escuchar a los pibes. Observaciones de una clase sobre "Corazón delator" de Poe

Melisa Leonor Di Marco<sup>1</sup>

### Resumen

Mi proyecto de prácticas consistió en la realización de una Antología de relatos fantásticos. Ante la libertad que me dio la docente titular del curso, pensé en trabajar, en primera instancia, cuentos realistas para luego ir indagando las rupturas del Fantasy. Sin embargo, en esta exposición me gustaría abordar una clase que, en lo personal, me pareció sumamente interesante. Uno de los cuentos que incluí en el corpus obligatorio de lecturas fue "Corazón delator" de Edgar Allan Poe. Es importante aclarar que, de acuerdo al diseño curricular, no conversamos sobre este género antes de la lectura. Mi idea era darles la palabra a los alumnos para que expongan las impresiones que les generó el cuento y a partir de allí empezar a desgajar algunos conceptos importantes. Con este fin, recurrí a la conversación literaria mediante el método "Dime" de Aidan Chambers. En este texto expongo: las reflexiones a las que alcanzaron los alumnos, el clima de clase que se generó ya desde la lectura del texto, los miedos que tuve al trabajar un cuento fantástico sin previa conceptualización. También expondré el balance, siempre positivo pese a los fracasos, y aprendizaje que ellos me brindaron como practicante: escucharlos siempre.

### Palabras Clave

Conversación literaria- Prácticas Sociales del Lenguaje- Diálogo.

Desempeñé mi práctica docente en un primer año de la Escuela de Educación Secundaria Técnica n° 3. Mi proyecto consistió en la elaboración de una antología de cuentos fantásticos. Por tal motivo, frente a la libertad que me brindó la docente titular para elegir las prácticas del lenguaje a trabajar, decidí abordar, en primera instancia, cuentos realistas y luego las rupturas del fantástico.

Una vez estudiadas las características de los relatos realistas mediante la lectura de "Nico y el abuelo" de Álvaro Yunque y "Conejo" de Abelardo Castillo, decidí que los alumnos empezaran a incursionar en el *Fantasy* con "Corazón delator" de Edgar Allan Poe. La planificación de la clase me generaba muchas dudas, pues pensaba fomentar la conversación literaria mediante el método "Dime" de Aidan Chambers. Ya había realizado esta actividad con el cuento de Yunque. Sin embargo, los textos realistas, por sus propias características, me brindaban cierta seguridad. Sabía casi con certeza lo que los chicos me iban a contestar al realizarles determinadas

---

<sup>1</sup>Estudiante de Profesorado en Letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Actualmente, practicante en la E. E. T. n° 3 y docente de Prácticas del lenguaje en la E. S. S. n° 38.  
E-mail: melisaleonordimarco@gmail.com

---

preguntas, lo que les iba a gustar o no. En cambio, en ese momento sentía que el cuento de Poe me dejaba librada al azar. Temía que luego de la lectura surja la frase célebre de los alumnos “no entendí nada” y no poder avanzar y sacarlos de esa “nada”. Además, si el texto generaba inconvenientes el curso se podría dispersar y la conversación fracasaría. En síntesis, tenía miedo de darles la palabra y que por eso la clase no prospere.

En mi experiencia como alumna, y creo que en la de todos los que estamos aquí presentes, abundaron y abundan hoy las clases magistrales, las evaluaciones tradicionales y el habla del maestro frente al silencio de los alumnos. En ese instante me resultaba difícil pensar en cambiar “el frente del aula”. Sentía que las herramientas que poseía para enseñar las prácticas sociales del lenguaje que el diseño nos propone eran escasas. Considero que no sólo a los profesores sino también a los alumnos les resulta difícil adaptarse a las nuevas metodologías de trabajo.

Sin embargo, la experiencia fue positiva. A las opciones “me gustó”, “no me gusto” del “Dime” le agregué una tercera, “me desconcertó”. Cuando pensé la clase me planteé hacer dudar a los alumnos con cualquier afirmación o interpretación que pretendieran alcanzar.

La clase se desarrolló de la siguiente manera:

“Luego de repasar las actividades del encuentro anterior, comencé a leer el cuento. Leí, aproximadamente, una página. En el aula reinaba un silencio absoluto, los chicos estaban cautivados con el texto. Mientras yo leía uno de ellos dijo: “Estaba esquizofrénico el tipo”. Pese a la interrupción, continué la lectura, pero, al trastabillar en una palabra, un alumno rápidamente se levantó del bancó, alzó la mano y dijo: “Puedo leer, profe.” Sus compañeros también se ofrecieron, parándose para hacer notar su pedido. Yo dudé. Pensé que si los dejaba perdería tiempo o, quizás, no escucharían todo el cuento. Me parecía muy importante la plena atención de ellos. A pesar de ello, los dejé. Elegí tres alumnos para la lectura. Empezó el primero, pero los chicos se quejaban porque no se escuchaba. Entonces le pregunté al niño si se animaba a leer en el pizarrón frente a todos. Se animó y sus compañeros también. No obstante, el último abandonó la lectura y, entonces decidí, a pesar del ofrecimiento de otros, terminar el texto yo. Durante este proceso se los notaba muy entusiasmados con el cuento.

Luego, vinieron los comentarios. Copié en el pizarrón: "Me gustó", "No me gustó", "Me desconcertó". La primera apreciación que surgió por parte de todos fue: "No me gustó el final". Pregunté por qué y un alumno me dijo: "Porque tiene final abierto". Así, copié "Final abierto" bajo la frase "No me gustó". Les pregunté, entonces, qué les había gustado. Todos coincidieron en "la manera en que "el loco" mató al viejo".

La conversación continuó. Un alumno que pocas veces trabajó en clase intentó "boicotear" el cuento, quizás con la intención de hacerse el "guapo", y dijo: "No me gustó porque supuestamente tiene que dar miedo y a mí no me dio ni escalofríos" Le dije que "estaba bueno" lo que decía y le pregunté por qué para él debía dar miedo. Al observar que su comentario era positivo para la conversación literaria, se negó a contestar. Por tal motivo, planteé el interrogante al grupo. Una alumna contestó: "Porque los tipos de hechos y los personajes que hay son para que nos genere miedo" De este modo, prioricé el comentario de la compañera y les pregunté dónde querían que ubiquemos los elementos terroríficos del cuento. Contestaron: "En la columna "me gustó"".

Tras ello, solicité a un alumno que expusiera por qué durante la lectura dijo que el protagonista era esquizofrénico. Me contestó: "Porque lo mató al viejo por el ojo y por más que dijera que no estaba loco, si lo estaba". Inmediatamente un compañero le contestó: "Pero él dice que un loco no puede ser tan astuto para matar." Interrumpí su discusión y les pregunté a todos: "¿Por qué el cuento se llama "Corazón delator"?" Contestaron: "Porque el corazón latía y lo buchoneó." Entonces interrogué: "Pero, ¿el corazón latía en verdad?" En ese instante comenzaron a discutir entre ellos. Algunos decían sí, otros no. A quienes daban una respuesta afirmativa acerca del latido del corazón los indagaba diciéndoles: "Y, ¿por qué los policías no lo escuchaban?" Un alumno dijo: "No lo escuchaban porque era imaginación de él, porque estaba chapita el tipo" A él le pregunté nuevamente por qué el cuento se llamaba "Corazón delator". Otro niño me dijo: "No lo escuchaban porque estaban sordos" Entonces, le planteé si el cuento decía eso o nos daba alguna "pista" de que estaban sordos. Me dijeron: "No, entonces, no sé, profe".

Al finalizar la conversación un alumno me dijo: "Que sé yo, profe. Si le decimos que latía nos pregunta por qué los oficiales no lo escuchaban. Y si decimos que estaba loco nos pregunta

---

por qué el cuento se llama “Corazón delator” y por qué el protagonista niega su locura.” Así decidí recuperar el comentario del compañero para todo el grupo. Les dije que entre todos no pudimos contestar el interrogante de si el narrador estaba loco o el corazón latía. Les comenté que no estaba mal que suceda eso porque forma parte del “final abierto” del que ellos hablaron. Coincidimos, por lo tanto, en plantear el interrogante en la columna me desconcertó. Por último, los alumnos realizaron las actividades sobre el cuento sin mayores dificultades.”

En el transcurso de esta conversación experimenté varios sentimientos. En primer lugar, los miedos que tenía se me habían ido. Luego comencé a disfrutar de los comentarios de los chicos. Por último, me tomé el atrevimiento de molestarlos con mis preguntas y divertirme ante sus enojos por no saber qué contestarme.

Quizás la situación descrita no asombre a nadie... No obstante, creo que lo importante es que esa clase fue una bisagra en mis prácticas y en mi escasa o mínima experiencia docente. Cuando empezamos a transitar por el camino de la docencia, los éxitos o fracasos que vamos atravesando nos llevan a recordar cómo éramos en la adolescencia, cuál era nuestra actitud en la escuela y cómo eran nuestros profesores. Al terminar la hora y luego de dialogar con mi profesora de prácticas sobre lo acontecido, pensé que me hubiera gustado, cuando era alumna de secundaria, que los docentes nos dieran la palabra. Seguramente mis compañeros y yo teníamos cosas interesantes para decir.

Luego de ese encuentro en el cual se demostró que a la hora de opinar las jerarquías no interesaban, el clima de clase fue mejorando. Si bien era un curso participativo, quienes realizaban las acotaciones siempre eran los mismos alumnos. Sin embargo, las clases siguientes los chicos más tímidos se animaron a leer al frente del aula. El niño al que en mis anteriores observaciones tildé como “el que no hacía nada y molestaba” comenzó a trabajar y a compartir con el grupo los finales de los cuentos que había cambiado e inventado. Es importante remarcar que es un curso de veinticinco varones y tres niñas de doce años de edad.

Desde ese momento, sentí que ya no eran mis clases sino las de todos y dicho sentimiento se intensificó cuando les propuse escribir cuentos. Ese día, un alumno que me hizo renegar bastante durante el transcurso de mis prácticas me sorprendió diciéndome que él ya había

realizado su producción. Sin prestarle demasiada atención, le dije que tenía que respetar la consigna que yo les daba, que no iba a poder estar en la antología, pero le comenté que luego lo leería. En el transcurso de la hora el adolescente le pidió a la docente titular que le corrigiera las faltas de ortografía a su escrito. Cuando llegué a mi casa y leí todas las producciones, entendí por qué el alumno me insistió en que leyera su texto. Hablaba de un niño en situación de pobreza que asistía a la escuela con la escasa ropa que le tejía su madre y le daba su abuelo. Contaba cómo los compañeros lo molestaban y cuáles eran sus reacciones.

A partir de la clase sobre "Corazón delator" los chicos me enseñaron que nuestra disciplina posee algo especial que nos habilita el contacto con ellos. Pese a su escaso, quizás, conocimiento técnico, la literatura nos permite partir de las impresiones de los alumnos. Detrás del comentario "ese cuento es malísimo" existe un "por qué" que debemos escuchar. A veces, también, los alumnos escriben sobre ellos y en ese texto depositan y exponen una parte de su vida que quieren, necesitan o piden a gritos que la conozcamos. Aprendí que no hay que echar a un lado las palabras que nos dicen.

Por último, cabe mencionar mis errores. Con los nervios que me producían la observación y la necesidad de cumplir con el proyecto, no tenía en cuenta que muchas veces me apuraba para realizar todo lo que tenía planificado para esa clase. Así aprendí a destinarle el tiempo que resulte necesario a los comentarios de los alumnos y a darle importancia. Aprendí que es necesario felicitarlos constantemente por sus logros. Al estar sumergida en el ambiente académico quizás no tomaba conciencia, o no recordaba, las dificultades que plantean ciertas actividades para los adolescentes. En fin, aprendí que la docencia no sólo es paciencia, trabajo, dedicación, conocimiento sino también un diálogo recíproco.

## **Bibliografía**

- Chambers, A. (2007): *Dime. Los niños, la lectura y la conversación*. México: Fondo de Cultura Económica.